

Un mensaje para el siglo XXI*

A message to the 21st Century

Isaiah Berlin**

Hace poco más de veinte años —el 25 de noviembre de 1994— Isaiah Berlin aceptó el grado honorario de Doctor en Derecho por la Universidad de Toronto. Y para la ceremonia de investidura preparó el siguiente “credo breve” (como él mismo lo llamó en una carta a un amigo), mismo fue leído en su nombre.***

“Era el mejor de los tiempos, y era el peor de los tiempos.” Con estas palabras, Dickens comenzó su famosa novela *Una historia de dos ciudades*. Pero esto no puede ser dicho, sin embargo, respecto de nuestra propia y terrible centuria. Los hombres se han destruido unos a otros durante milenios, pero las huellas de Atila el Huno, Genghis Khan, Napoleón (quien introdujo las matanzas masivas en las guerras, incluidas las masacres armenias), palidecen y son insignificantes ante la Revolución Rusa y su legado: la opresión, tortura, asesinatos que pueden ser dejados a las puertas de Lenin, Stalin, Hitler, Mao, Pol Pot, y la falsificación sistemática de información que ocultó el conocimiento de estos horrores por años (y que son sin paralelo). Estos no fueron desastres naturales, sino crímenes humanos que se pudieron prevenir; e incluso cualquiera que crea en el determinismo histórico, pudiera pensar que éstos podrían haber sido revertidos.

Hablo con un sentimiento particular, porque ya soy un hombre muy viejo, y he vivido casi a lo largo del siglo. Mi vida ha sido pacífica y segura, y me siento casi avergonzado de ello a la vista de lo que le ha pasado a

* El texto apareció originalmente en la edición impresa de *The New York Review of Books*, del mes de octubre de 2014 Traducción: Víctor Alarcón Olguín (UAM-Iztapalapa). Se le puede consultar en su versión original en el siguiente vínculo: <http://www.nybooks.com/articles/2014/10/23/message-21st-century/>

** Pensador británico de origen ruso (1909-1997). Miembro del All Souls College de la Universidad de Oxford. Autor de más de una veintena de libros escritos en torno al desarrollo de las ideas políticas, entre las que destacan *Cuatro conceptos sobre la Libertad*; *El erizo y la zorra*; *Karl Marx*; *Conceptos y categorías*; *Contra la corriente*, *Pensadores rusos* o *El fuste torcido de la Humanidad*.

*** La nota introductoria del texto es de la redacción de *The New York Review of Books*. (VAO).

De Política, REVISTA DE LA ASOCIACIÓN MEXICANA DE CIENCIAS POLÍTICAS, Año 3, núms. 4/5, Enero-Diciembre 2015, pp. 159-163.

tantos otros seres humanos. No soy un historiador, y por tanto no puedo hablar con autoridad acerca de las causas de estos horrores. No obstante, quizá pueda intentarlo.

Han existido, desde mi perspectiva, causados por los ordinarios sentimientos humanos negativos, como Spinoza los llamaba: miedo, avaricia, odios tribales, envidia, amor al poder, aunque desde luego éstos han jugado su propia parte oscura. Estos horrores han sido causado, en nuestro tiempo, por ideas; o más bien, por una idea en particular. Es paradójico que Karl Marx, quien subordinaba la importancia de las ideas en comparación con las fuerzas sociales y económicas de tipo impersonal, hubiera causado, mediante sus escritos, la transformación del siglo XX, tanto en la dirección que él quería y, en consecuencia, en contra suya. El poeta alemán Heine, en uno de sus famosos textos, nos advirtió que no subestimemos al filósofo que tranquilamente está sentado en su estudio; si Kant no hubiera deshecho a la teología, como lo declaró alguna vez, Robespierre quizás no le hubiera cortado la cabeza al rey de Francia.

También predijo que los discípulos armados de los filósofos alemanes —Fichte, Schelling y los demás padres del nacionalismo germano— un día destruirían a los grandes monumentos de la Europa Occidental en una ola de fanática destrucción, ante la cual la Revolución Francesa parecería un juego de niños. Esto podría haber sido injusto para los metafísicos alemanes, aunque la idea central de Heine me parece válida: en una forma degradada, la ideología nazi tiene raíces en el pensamiento alemán anti-iluminista. Existen hombres quienes matarán y mutilarán con una conciencia tranquila bajo la influencia de las palabras y escritos de aquellos que están ciertos de que la perfección puede ser lograda.

Permítanme que me explique. Si Ud. está verdaderamente convencido que existe alguna solución para todos los problemas humanos, y que uno puede concebir una sociedad ideal en la cual los hombres pueden alcanzarla si sólo hacen lo que es necesario para lograrla, entonces Ud. y sus seguidores deben creer que ningún precio puede ser demasiado alto de pagar en orden de abrir las puertas de semejante paraíso. Sólo el estúpido y el malevolente dejan de resistir una vez que ciertas verdades simples les son expuestas. Aquellos quienes resistan deben ser persuadidos; y si no lo son, se deben aprobar leyes que los restrinjan; y si eso no trabaja, entonces aplíquese la coerción, si se necesita ser violento, e inevitablemente tendrá que ser usada —e incluso de ser necesario, el terror, o la matanza. Lenin creía en ello después de leer *El Capital*, y

enseñó consistentemente que si una sociedad justa, pacífica, feliz, libre y virtuosa podría ser creada por los medios avalados por él, entonces el objetivo justificaba cualquier método que requiriera ser usado, literalmente cualquiera.

La profunda convicción que subyace es que las preguntas centrales de la vida humana, individual o social, tienen sólo una respuesta verdadera, misma que puede ser descubierta. Esta puede y debe ser implementada, y aquellos quienes la han encontrado son los líderes cuya palabra es ley. La idea de que para todas las preguntas genuinas sólo puede haber una respuesta verdadera es una noción filosófica muy vieja. Los grandes filósofos atenienses, judíos y cristianos, los pensadores del Renacimiento y en el París de Luis XIV, los reformadores radicales franceses del siglo XVIII, los revolucionarios del XIX —a pesar de lo mucho que éstos difirieron acerca de cuál y cómo era la respuesta o cómo descubrirla (y las sangrientas guerras que fueron peleadas por ello)—, estuvieron todos convencidos de que ellos sabían la respuesta; y que sólo el vicio humano y la estupidez podrían obstruir su realización.

Esta es la idea de la cual he hablado, y de la que yo deseo decirles que es falsa. No sólo porque las soluciones dadas por las diferentes escuelas de pensamiento social difieren, y que ninguna puede ser demostrada mediante métodos racionales —sino incluso por una razón mucho más profunda. Los valores centrales por los cuales la mayoría de los hombres han vivido en muchos grandes lugares y en grandes tiempos —estos valores, si no casi enteramente universales, no son siempre armónicos unos con otros. Algunos lo son, otros no. Los hombres siempre han clamado por libertad, seguridad, igualdad, felicidad, justicia, saber, y así sucesivamente. Pero la libertad completa no es compatible con la igualdad completa —si los hombres fueran enteramente libres, los lobos serían libres de comerse a las ovejas. La igualdad perfecta significa que las libertades humanas deben ser restringidas para que los más hábiles y dotados no les sea permitido pasar por encima de aquellos quienes perderían inevitablemente si hubiera competencia. La seguridad, y en efecto las libertades, no puede ser preservada si la libertad para subvertirla es permitida. Efectivamente, no cualquiera busca seguridad o paz, de lo contrario algunos no hubieran buscado la gloria en las batallas o en los deportes de alto riesgo.

La justicia ha sido siempre un ideal humano, pero ésta no es completamente compatible con la piedad. La imaginación creativa y la espontaneidad, espléndidas en sí mismas, no pueden ser plenamente reconciliadas con la necesidad de planeación, organización, de cálculo

cuidadoso y responsable. El conocimiento, la búsqueda de la verdad —la más noble de los propósitos— no puede tampoco estar completamente conciliada con la felicidad o la libertad que los hombres desean, porque incluso si yo supiera que tengo una enfermedad incurable, esto no me hará más feliz o libre. Yo debo siempre escoger: o entre la paz o el bullicio, o entre el conocimiento y la bendita ignorancia. Y así sucesivamente.

¿Por tanto, qué es lo que se requiere para restringir a los adalides, algunas veces muy fanáticos, de uno u otro de estos valores, cada uno de los cuales tiende a trampear al resto, como los grandes tiranos del siglo XX han estafado la vida, la libertad y los derechos humanos de millones, en tanto sus ojos estuvieron obsesionados con algún futuro dorado?

Me temo que no tengo una respuesta espectacular para ofrecer: sólo que si estos valores humanos supremos por los cuales vivimos estuvieran por ser logrados, entonces los compromisos, los acuerdos y arreglos tienen que concretarse, si no, lo peor está por suceder. Tanta libertad por tanta igualdad, tanta auto-expresión individual a cambio de tanta seguridad, tanta justicia por tanta compasión. Mi punto es que algunos valores chocan: los fines perseguidos por los seres humanos son todos generados por nuestra naturaleza común, pero dicha búsqueda tiene que ser hasta cierto punto controlada —la libertad y la búsqueda de la felicidad, lo repito, no pueden ser completamente compatibles una con otra, y tampoco lo son la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Por tanto debemos sopesar y medir, negociar, comprometer, y prevenir la destrucción de una forma de vida por parte de sus rivales. Estoy muy consciente de que ésta no es una bandera bajo la cual mujeres y hombres jóvenes, idealistas y entusiastas, desean marchar —parece demasiado plana, demasiado razonable, demasiado burguesa, ya que no abraza a las emociones generosas. Pero deben creerme, uno no puede tener todo lo que uno quiere —no sólo en la práctica, sino incluso en la teoría. La negación de esto, la búsqueda por un ideal abarcante, en tanto es la única respuesta para la Humanidad, invariablemente conduce a la coerción. Y luego, a la destrucción y la sangre —dicho coloquialmente, los huevos se rompen, pero no significa que el omelette esté hecho; existe un número infinito de huevos, es decir, vidas humanas, listos para la ruptura. Y al final, los apasionados idealistas olvidaron el omelette, y sólo continúan quebrando huevos.

Estoy feliz de advertir que hacia el término de mi prolongada existencia alguna realización de esto parece comenzar a darse. La racionalidad y la tolerancia, raras en realidad en la historia humana, no siguen siendo vistas con desagrado. La democracia liberal, a pesar de la

afectación ocasionada por la mayor oleada de nacionalismo fanático y fundamentalista, está diseminándose. Las grandes tiranías están en ruinas, o lo estarán —incluso en China ese día no está demasiado distante. Estoy contento de que Uds. a quienes me dirijo verán el siglo XXI, el cual presiento que sólo podrá ser un mejor periodo para la Humanidad de lo que ha sido mi terrible centuria. Me congratulo por Uds. por su buena fortuna; Lamento que no veré este futuro más brillante, del cual estoy convencido está por llegar. Con todo el desánimo que había estado expresando, estoy satisfecho de acabar con una nota optimista. Existen realmente buenas razones para pensar que ello está justificado.

© The Isaiah Berlin Literary Trust 2014
@Derechos reservados.